

Y la sacerdotisa filistea se limpió furtivamente una rebelde lágrima.

Sonó la tercera llamada. Todo el mundo fuera del foro. Me despedí de la bailarina con aparente indiferencia.

Soy de los que no gustan de exhibirse ni por fuera ni por dentro.

Me senté en mi butaca dispuesto a aplaudir la gran escena de la bacanal.

Y la aplaudí, en efecto. Y aquí estoy en mi casa, después de la función, sin poder leer y sin poder dormir; distraído e insomne. ¿Y por qué? Por una tontería, por un episodio común y corriente; por un cuento, seguramente exagerado, que quizás ni cierto resulte.

Parece que me voy a pasar la noche enredando y embrollando filosofías lacrimosas. No es ésta la primera ni será la última vez

Decididamente soy un romántico cursi.

Y mis críticos (según es el santo es la peana), esos desocupados que no hallando en qué perder el tiempo se entretienen en hablar mal de mí; esos que me llaman «cerdo azul,» y «lechón cebado» y otras lindezas porcinas, mis señores críticos, ahora que me motejo de «romántico cursi,» exclamarán a una:

—A confesión de parte.....

Y tendrán razón.

1905.

CRONICAS SOÑADAS.

SUBJETIVISMOS.

BIBLIOTECA ALFONSIÑA

VIENDO CORRER
EL AGUA

Para mí en estos días nada ha sucedido. No puedo coger en el lento arroyuelo del noticierismo algunas doradas arenillas de ilusión para espolvorear con ellas esta charla confidencial, que es a manera de reposorio, en la batahola constante de mi vida ordinaria.

En el resto de la semana suelo hablar en alta *tessitura*, ahuecando la voz, finchando la palabra, dándole entonación declamatoria al discurso. Aquí no; aquí hablo *sotto voce*, en un palique ameno, como si me hallase frente a una amiga ideal, en el rincón soñado de un saloncillo elegante lleno de tibieza y penumbra. Esta crónica mía, está tejida de discreteos y sutilezas. Es como un *flirt* literario en el que suelo poner más de mí mismo que en las otras labores periodísticas.

Como habréis podido observar, el asunto es sólo un pretexto para ir de un lado a otro del universo imaginativo, que, con ser tan vasto, suele recorrerse en locos vuelos de fantasía, más aprisa que una águila que hiende los aires y que una nube que atraviesa los cielos.

Me figuro la indefinible sensación de reposo, de placidez, de tranquila curiosidad, de los aficionados a la pesca. Hételes sentados a la orilla de un río, bajo la sombra de un árbol de la margen, en plena mañana de sol, con un paisaje de égloga al frente, y, en las manos, una larga caña encorvada por el hilo emplomado que se sumerge en las hondas. Pasan los pájaros batiendo las alas; se oye el metálico preludio virgiliano de las inquietas cigarras; las mariposas, borrachas de miel, se persiguen de ramo en ramo; los insectos tejen y destejen sus aéreos arabescos; los reptiles juegan sus olímpicas carreras bajo los minúsculos arcos triunfales de la hojarasca y la maleza.

Los pescadores, hundidos en una dulce y santa paciencia como en un baño de plácida serenidad, miran correr el agua, y, de cuando en cuando, sienten cómo un bullicioso y voraz pescadillo se prende en el cebo del anzuelo. Para estos hombres mansos, pescar es el pretexto, reposar el cuerpo y el alma en la extática contemplación de los campos, es el objeto, el placer, y muchas veces, el remedio.

No, amiga mía, por debajo de la honda transparente, no verás aletear las navicillas submarinas, los pequeños barcos de nácar y plata que brillan como si tuviesen luz propia. No se prenderá ningún pez atolondrado en nuestro anzuelo. No sacaremos, como seda palpitante, un solo *bajel de escamas*, que dijo el sublime culterano. No hay noticias para nosotros. ¿Pero es que acaso las necesitamos? Esas que pasan obscuras y viscosas, vulgares y repugnantes, esas sabandijas de la gacetilla,—la riña callejera, el robo rateril, la estafa común, el escándalo de la cortesana, el suicidio del degenerado—

son demasiado groseras y fuertes para morder el anzuelo de oro de una crónica. Lo romperían.

Conformémonos con ver correr el agua. Acuérdate de la pregunta del poeta:

¿Qué secretos misterios encierra,
o qué amargos consuelos esconde,
para todos los tristes del mundo
el agua que corre?

Deja correr el agua de la vida. Mírala correr. Viene, a veces, pura, clara, espumosa, meciendo flores recién abiertas. A veces, por el contrario, llega turbia, sombría, enfangada, empujando leños y yerbajos que arrastró en sus cóleras lejanas. No brama aquí; bramó allá arriba, al caer de la montaña, cuando, en la ceguedad de una furia titánica, la despeñó la tempestad; aquí canta sordamente, murmura, como un ebrio, su provocativa palabra de reto. A tus pies no pasa la vida torrencial, destructora, iracunda; por tu cauce no cruzan las frenéticas desesperaciones de la corriente humana; ni te azotan ni te salpican las olas de fango.

Mira correr el agua turbia o clara, que trae ecos de la remota tormenta o murmullos de regocijo de las fecundas praderas. Tú no estás triste, ya lo sé, amiga ideal que me acompañas a todas partes, y que en el alma te pareces a mí como el *hermano* de la Noche de Diciembre; triste no, melancólica estás, porque la melancolía nació contigo como nace el perfume con la rosa. Y eso es la melancolía: el perfume de la tristeza. Ya se quemó el dolor, como una mirra en el vaso del corazón; pero el vaso quedó impregnado de la fragancia que se evaporó para siempre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Y bien, melancólica amiga mía, el tiempo pasa, el agua corre, el corazón olvida.—El antiguo proverbio es punzante como la daga de un desengaño.—De todos estos días grises, secos y vacíos, que nada nos dicen a ti ni a mí, podríamos formar una colección de cuentos. Porque nosotros los llenamos de fantasías y sueños. Y así, cuando nada nos confía la realidad, la ilusión se encarga de distraernos.

Nos forjamos en estos días mudos y fríos, la historia legendaria que cada uno lleva en el fondo de su espíritu, la historia de lo que no ha sucedido, de lo que no sucederá, del ser a quien hubiéramos amado, y que se asomó en nuestra existencia, como esas gentes a las cuales vemos en sueños y no olvidamos nunca; la historia de nuestra esperanza realizada, de nuestra maldad purificada, de nuestra fe rediviva; la historia, en fin, de nuestros anhelos más recónditos, de nuestros delirios más inconfesables, de nuestros más vagos sueños, de todo aquello que pusimos por encima de las groseras luchas del instinto y del egoísmo, y que encerramos, como en el arca de lo imposible, en el fabuloso condicional: ¡Si yo fuera rey!.....

Estos son los días de las aventuras interiores, de los episodios ideales, de las intangibles manos que nos acarician, de las bocas angélicas, hechas de fluido y luz, que nos ciñen la frente con una corona de besos gloriosos; de las voces que nos suenan amorosamente y muy adentro, como un eco de eternidad, de las dichas que sin haber comenzado no concluyen jamás, de los viajes a los países que no habíamos visto y conocíamos ya; de los jardines inmensos y sombríos, por donde vamos apoyados en el brazo que ya no ha de abandonarnos; de las

nostalgias sin nombre, de las pesadumbres sin motivo, de los desencantos que no tienen causa, de los desfallecimientos que no siguen a una fatiga.

¡Cuántas divinas crónicas, como las romanzas de Mendelssohn, sin palabras!

Ideal y melancólica amiga mía; no para ver, para soñar, inclínate hacia la corriente de la vida: pasan los días monótonos, grises, iguales.

No importa; la imaginación se entretiene en variar, en colorear, en exaltar, en llenar, en revivir las horas muertas y vacías.

¿Cómo? Muy sencillamente: viendo correr el agua..... correr el agua.....

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSO

ALREDEDOR DEL COMETA

Las cosas del cielo atraen, por fuerza, las miradas de los hombres. Por muy distraídos, por muy abatidos, por muy inclinados que estemos hacia la tierra, llega un instante en que nuestro pensamiento sacude el yugo de la idea tenaz, nuestra frente rompe las invisibles ataduras que la retenían sujeta, todo nuestro cuerpo y todo nuestro espíritu readquieren su libertad, y levantamos los ojos a lo alto, y, en una sagrada contemplación, vemos cómo nos cubre y nos rodea el divino secreto azul. En él, como en una honda ánfora de misterio, deshojamos perpetuamente las flores de nuestras esperanzas. A él recurrimos en busca de consolaciones sobrehumanas. El es todo para nosotros. Más vivimos en él con la agitación insomne del alma, que aquí en la tierra con los rastreros temblores del cuerpo, y más nos aligeran y embellecen la vida las vagas aspiraciones de ideal que nos sugiere el infinito, que no los torpes deseos, los placeres reales pero bestiales, los regocijos efímeros, juguetes de arcilla fangosa, que el instinto pone en nuestras manos, y que nos ensucian y nos hastían y nos envenenan, porque los goces terrenales traen escondido, traidoramente, el dolor que hiere y tortura, y del que sólo nos salva-

mos clavando en el cielo, como una estrella, el diamante de una inmortal esperanza.

Estas primeras líneas de mi artículo me sorprenden de un modo extraño. Al concluir el período, me he dado cuenta de que mi lirismo exaltado me lleva a una disquisición mística, impropia de un escrito baladí, como éste, y fuera de tono y de lugar en una revista ligera, insubstancial y chismosilla, como la conversación de un barbilindo.

Sin embargo, y para no volver a las andadas, he de confesar que hoy amanecí sinceramente romántico, y que, sin advertir que esta es una crónica, empecé una confidencia, tal vez una confesión. Pero lo escrito, escrito está, como dice la sentencia, que no ha de ser cosa de volver a comenzar por sólo haber enseñado indiscretamente un rasgo del sentimentalismo que debía yo dejar en casa, es decir, para la hora en que pueda vestir, encubrir con la armoniosa forma del verso todas estas idealidades mías de empedernido soñador.

La conciencia es el humor con que uno amanece—decía nuestro famoso *ironista*. ¡Vaya en gracia! Mi conciencia de hoy por la mañana está amablemente clara y risueña. Como que después de una noche tranquila, de un baño fresco y estimulante, de una lectura sana, me he puesto a mirar desde mi balcón, el cielo del día: un horizonte de vaho gris que azulea hacia arriba, y en el que las nubes escardadas, bañan en rubio de miel, sus grumos caprichosos.

El sol parece estar como yo: satisfecho de vivir y lo alegra todo con su luz tibia y buena.

Unas golondrinas que frente a mí se han parado en los alambres de los postes, aprueban mi refle-

xión: están contentísimas de que haya quien opine como ellas y sacuden las alas como un auditorio sacudiría las manos para aplaudirme. No obstante, yo estoy mudo; no hablo; pero ellas—¡pájaros agoreros!—adivinan mi lenguaje interior, en el que estoy pronunciando mi discurso..... un discurso cuyo exordio acabo de escribir, inconscientemente, en los primeros renglones de esta crónica.

Y es que me levanté con una curiosidad; una curiosidad tardía, como la mayor parte de mis curiosidades: ver el cometa. ¿Habría tontería igual? ¿Quién se levanta a las ocho de la mañana con la curiosidad de ver el cometa? No hay que buscarlo muy lejos, señores míos: yo. Mas para no insultarme a tontas y a locas—chocarrerías de muy mal gusto—acloraré mi deseo. Sí, quiero ver el cometa; quiero verlo lo más pronto posible. No en estos momentos—por de contado—sino en una de las próximas madrugadas. De modo que el cometa lo tendré más tarde; pero nadie me impide que la curiosidad la tenga desde ahora.

La tuve desde ayer. Y de buen grado hubiera satisfecho mi anhelo, si el interesante núcleo astral fuera menos trasnochador que yo. Porque no podemos ponernos de acuerdo en la hora de la cita. Yo me recojo, después de mis correrías teatrales y periodísticas, precisamente a la hora en que él da principio a sus aventuras siderales. Yo mato la luz de la bujía y cierro los ojos momentos antes de que él, rompiendo el azul profundo de la noche, como un acróbata rompe el papel de un aro, asome su cabeza luminosa, en cuya cabellera de esplendores se prenden, como gémias de tocado, los joyeles de algunas estrellas. Dicen que el cometa aparece des-

pués de las tres de la mañana. Sale a la calle en horas inoportunas y peligrosas, cuando ya en esta ciudad santificada por los reglamentos gubernativos del señor Landa y Escandón, todas las puertas están cerradas: las de los teatros, las de los *restaurants*, las de las Comisaría, y el mundo entero duerme, de orden terminante de la autoridad.

También en el cielo las estrellas estarán ya cansadas y soñolientas. Cuando yo logro verlas antes de recogerme, las noto ya pálidas, con pestaños de fatiga, como niños en una tertulia que se prolonga. ¡Pobrecitas! ¡Cómo estarán a la hora en que ese trasnochador les hace su visita de enamorado!

Al llegar aquí, consulto el almanaque: precisamente, la luna, por no esperar tal vez al recién llegado a la noche, se va a esconder por algunas horas. Luego irá apareciendo, poco a poco, en corvos filetes argentados, en angostas uñas de plata, en hoces deslumbrantes, a la manera de esas comadres de barrio, fisgonas y taimadas, que espían por las ventanas entreabiertas, la vida del vecino.

El cometa, pues, reinará por algunas noches en el cielo. Debe de ser hermoso con su cauda pavorealesca prendida al broche de oro. Se me viene a las mientes una imagen: veo pasar, en mi imaginación, la figura de una muchacha, recién salida del baño, y con el blondo cabello suelto. ¡Oh, los dómimes retóricos van a comerme si se percatan del símil! ¡Comparar la cola de un cometa con el pelo de una mujer! ¡Achicar así y desnaturalizar las cosas grandes asimilándolas a las cosas pequeñas! Y es que para *inter nos*, los dómimes retóricos, son unos redomados hipócritas! Entre un cometa y una mujer, esos viejos, a pesar de los años, opinan co-

mo yo: que se quedan con la mujer. Sólo que ellos no lo dicen, por miedo al precepto, y yo, que no tengo miedo a nadie, sí lo digo.

Y bien: ¡qué bello estará el cometa, a las cuatro de la mañana! En la transparencia del horizonte, junto al cuadrilátero de clavillos relucientes de Orión, en medio del polvo fulgurante de la vía láctea, entre los cambiantes de iris de los planetas, sobre el áureo carro de guerra de la Osa, ¡qué gallardamente se destacará este Buckingham del espacio, que atraviesa, deslumbrante de pedrerías, por entre la corte suntuosa de los astros!

Hace veinticinco años vi un cometa: el de *ochenta y dos*. Se me clavó en la memoria para siempre: tengo desde entonces una joya incrustada en el cerebro. Era una perla enflecada de hilos de luz. Recuerdo que los habitantes de la metrópoli se volvieron soñadores. Las ancianas supersticiosas se convirtieron en pitonisas. El oráculo estaba allá, fúlgido, en la mitad de los cielos. ¡Qué tristes presagios! ¡Qué adivinadas catástrofes!

Y yo, chiquitín de escuela en aquel tiempo, oía, sobrecogido, aquellos fatales augurios, cuchicheados entre palique y palique, por el fanatismo y la ignorancia.

Mas debo hacer justicia al cometa de *ochenta y dos*; debo hacerte justicia, clara estrella radiosa engastada en mi pensamiento. De todo cuanto he sufrido después, de mis desilusiones y mis quebrantos, del adiós de los que se fueron queriéndome, de la traición de los que me abrazaron engañándome, de los hastíos que amargaron mis placeres, de los soplos que apagaron mis esperanzas, no tuviste la culpa tú, calumniado viajero de lo infinito, falso ago-

rero de penas y abominaciones, profeta de exterminios e iniquidades.....Como la mayor parte de los seres, he sido yo el autor de mis desdichas. No te rememoro con rencor ni con aborrecimiento, al contrario; tú significas para mí la edad candorosa de la fe en todo.....hasta en los cometas; la edad, en que teniendo miedo de todo, me creía, sin embargo, capaz de todohasta de llegar a ser bueno y hermoso, por los impulsos de mi libre albedrío y de mi voluntad. ¡Alucinaciones de mis libros infantiles, de los *Cuentos de hadas*, de la *Moral práctica*!

Ya me resigné a no ser bueno y sobre todo, a ser feo. Todavía en el fondo, guardo resabios de mis fantasías de chiquillo, por lo que toca a la bondad.....Por lo que atañe a la fealdad, la experiencia me dió la receta para ser feliz, relativamente feliz, se entiende. Aquí está: los feos debemos, primero que nadie, burlarnos de nosotros mismos, adelantarnos a la malignidad ajena, salirle al encuentro con un chiste, con una alusión, hasta con un sarcasmo, para herirnos el amor propio antes que mano extraña nos lo hiera. Debemos atarnos y ceñirnos los cilicios de nuestro propio ingenio; flagelarnos con las disciplinas de nuestra propia gracia. Así, los dardos emponzoñados que nos lleguen, se embotarán en la coraza de nuestra ironía.

La invectiva que nos forjemos para destrozarnos, siempre será benévola; será como los puñales de los prestidigitadores: de resortes y goznes.

El segundo ingrediente de esta receta, es la franqueza; debemos ser unos feos francos, espontá-

neos, cordiales. Nuestra fealdad debe estar como las iglesias; abierta, para todos, de par en par.

Las fealdades vergonzantes, las que se disfrazan y almibaran, no logran ocultarse, sino más bien, mostrarse mejor. La fealdad ha de ser como la bandera para un soldado; si la naturaleza nos señaló para el servicio de llevarla, la debemos portar con orgullo; es nuestra insignia. La fealdad nos personaliza, y.....¿no dicen por ahí los estetas que *lo personal en el Arte es lo primero?*

Un ciego que finge ver y un sordo que finge oír, son abominables. Pues lo mismo es un feo que se *retoca*.....para embaucarse a sí mismo. Nada; hay que tener el orgullo de ser feo, con lo cual, uno se engaña, pero no pretende engañar a los demás; y luego, a veces, (no siempre) esta bizarra actitud vuelve benévolas a las mujeres altivas. No es ésta una jactancia. Me explicaré.....

Pero señor ¿qué iba yo a hacer?

Me estoy enredando en la cola del cometa. Mi intención era hablar de Jobello y no de lo feo. Y cá-tate que comencé místico y concluí burlesco.....

¡Bah! Como la vida.

1907.

CARICIAS LEJANAS

¡Oh! sí, mi buena, mi elegante amiga, las he sentido. Este saloncito azul vetado de oro, con sus muebles caprichosos y frágiles; las mariposas vívidas de los abanicos japoneses abiertos sobre la oscura tapicería; la soledad del rincón que acabamos de dejar, y desde donde sonrío la immaculada dentadura del piano; la luz de ceniza que empapa la vidriera del balcón, la melopea elegíaca de la lluvia, y tu cara fresca de ojos glaucos—ondas del Nilo—inocentemente curiosos, me llevan a la confianza, me seducen para la plática íntima, mi buena, mi elegante amiga. Acerca tu rojo taburete—escabel de paje rubio—junto a mi pesado sitial, y oye la respuesta que dan mis memorias a tus imprudentes quince años.

*
**

Fué una viejecita blanca, una viejecita de nieve encorvada y temblona, de esas que en los cuentos de Perrault regalan a Cenicienta su chapín de cristal y ofrecen un talismán al Príncipe enamorado, para que, de rodillas ante el lecho de púrpura, pueda despertar a la Hermosa Durmiente. Figúra-

te que al entrar en el templo, junto a la tallada cancela, a la hora de la primera misa, me la encontré con su rosario de cuentas lucientes colgado del vestido de pliegues rectos, y su mantón negro triangularmente erguido sobre la cabeza como la capucha de un hábito. Era una mañana fría, color de azucena. Entré con unción y levanté la pesada cortina verde, cuando en el mismo instante en que me herían los reflejos de los cirios que desde larga distancia picaban la sombra, sentí la primera caricia, dada en la mejilla por una mano de seda oliente a incienso. Jamás en mi niñez solitaria y hurañá, en mis ocho años de candidez meditativa, se había posado así una mano con tan blanda finura sobre mi rostro.

No recordaba haber sido arrullado en la cuna por la canción maternal, ni haber sentido el aleteo de los ósculos entre los labios que entreabrió el primer suspiro del sueño. Conservo esta impresión como una reliquia. Está guardada en la sacristía de mi pequeña iglesia, de la iglesia que levanté a la castidad de mis días blancos, para que algunas veces entren a rezar mis recuerdos y tengan donde esconderse mis maldades. No sé con precisión cuánto duró aquella caricia ni lo que me dijo la anciana—algo muy suave y muy alado que se evaporó como una nube;—lo que sí sé es que apareció en la soledad de mi espíritu un ángel hecho de ráfagas azules, y que, cuando evoco mis memorias infantiles, miro a la viejecita de nieve, encorvada y temblona, junto a la cancela tallada, a la hora de la primera misa.

*
* *

Y al venir al primer encanto, el brote juvenil, saltó el caliente surtidor del deseo en la fresca fuente de la vida, y sonó el primer beso. El primer beso lo sentí bajo el palio de un árbol, mientras el sol caía como escudo sangriento sobre los trigales luminosos del Poniente.

Una muchacha trémula decía que me amaba, acercando a mi semblante su boca húmeda con jugo de frambuesa. Tras un juramento, con los ojos cerrados, ebria con la miel voluptuosa que vertían sus sueños de virgen, me besó rápidamente. Experimenté la calentura del rubor que subió en llamas hasta sus mejillas de durazno de otoño.

¿Pero por qué te cuento eso, mi buena amiga? ¿Por qué hacer desfilar ante tus ojos verdinegros, inocentemente curiosos, la procesión de las caricias judaicas: los abrazos del amigo ingrato, los juramentos de las mujeres infieles, la batalla de besos de la orgía, las noches de plata en que se desfloran las bocas y se desatan los ensueños? La vida, la desengañada vida que rechaza con hastío ilusiones frágiles y sonrisas falsas, la amarga senda de la vida siempre manchada de oro, aquí y allá, por gotas de miel seca, guarda muchos recuerdos de placeres..... Ahondando la memoria, se encuentran bajo la tierra negra de los olvidos, pedazos de caricias, tiestos rotos donde florecieron los besos, las rosas blancas, las camelias rojas, las margaritas lechosas que deshojamos sobre las manos de las amantes fugitivas.